

Título | Crisalide

Autor | Donato Corvaglia

ISBN | 979-12-21472-17-2

© 2023. Todos los derechos reservados al Autor

Esta obra está publicada directamente por el Autor a través de la plataforma de autopublicación Youcanprint y el Autor posee todos los derechos sobre la misma en exclusiva. Por lo tanto, ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin el consentimiento previo del Autor.

Youcanprint

Via Marco Biagi 6, 73100 Lecce

www.youcanprint.it

info@youcanprint.it

Hecho por humanos

Estación Central de Milán, Comisario, Liliana

En casa, Cecilia ya había preparado una maleta con pijamas, una muda para cada uno y algunas cosas más; no teníamos ni idea de lo que nos esperaba.

"¿Te han vuelto a llamar?", pregunté, sin aliento por haber subido corriendo las escaleras.

"No, Luigi, he intentado ponerme en contacto, pero la línea siempre está ocupada".

"De acuerdo, me doy una ducha y nos vamos".

De Gromi a Milán hay unos 60 km, y si el tráfico lo permite, se puede llegar en hora y media. Ese día, creo que no tardamos más de una hora.

La estación central se alzaba al fondo, inmensa e inmóvil, como una montaña. Su poderío pesaba ahora no sólo sobre el suelo, sino también sobre mi corazón.

¿Qué encontraría allí dentro?

En ese momento, recuerdo que, aunque caminaba junto a Cecilia, era como si estuviera solo. Los grandes arcos de la entrada e inmediatamente después la penumbra, el bullicio de la gente, los anuncios de llegadas y salidas de trenes, nos envolvieron, absorbiéndonos en un vórtice inexorable. Interpretamos los símbolos y las flechas, las señales que debían indicarnos el camino hacia la policía ferroviaria, pero empezamos a dar vueltas en círculos, tambaleándonos por el caos y el miedo.

Vi un vehículo de limpieza barriendo cerca de las máquinas expendedoras de billetes, así que me apresuré a preguntar dónde diablos estaba la policía ferroviaria.

El empleado, sin mirarme, señaló en la dirección con una mano el doble de grande que la mía. Levanté la vista y vi la señal. Estaban a treinta metros; cogí a Cecilia del brazo y nos dirigimos allí.

Llamé al interfono y me pareció una eternidad. ¿Puede ser el tiempo tan cruel? ¿Pueden unos segundos durar toda una vida?

Una ambulancia estaba aparcada fuera, con el motor apagado y las luces intermitentes encendidas.

"¿Señor y señora Bozzi?"

"Sí", dijimos al unísono.

El despacho donde se sentaba Liliana era pequeño, y el zumbido de un ventilador de pared era el único sonido, aparte del chasquido de las teclas del teclado del oficial.

"¡Dios mío, cariño, ¿qué te ha pasado?". Cecilia rompió a llorar y, tras pronunciar estas palabras, corrió hacia Liliana, que permanecía sentada, ofreciéndole sólo un abrazo distante y mecánico.

"Le hemos administrado Tavor por vía intravenosa. Su hija está sedada ahora, señora. Por favor, siéntese".

Entonces me di cuenta de que seguía de pie en la puerta.

Recuerdo las uñas sucias de mi hija agarrando a Cecilia en aquel abrazo de marioneta. No reconocí aquellas manos. Parecía sacada de un campamento gitano.

Con un firme agarre en el codo, alguien me guió hasta la silla. Obedecí como un perro amaestrado. Me quedé mirando a Liliana, incapaz de hablar o respirar.

Miraba a la pared y de vez en cuando a Cecilia, que se había sentado a mi lado, pero era como si en realidad no mirara a nada ni a nadie.

"El informe ha terminado", declaró bruscamente el oficial.

"Bien, Settembrini, leámoslo entonces. Señor y señora Bozzi, su hija ya está mejor. La ambulancia está fuera y le ha prestado unos primeros auxilios excelentes. En cuanto terminemos aquí, será trasladada al hospital para un chequeo completo".

Cuando era niño, me encantaba una atracción de feria: las sillas voladoras. Siempre era yo quien lanzaba a mi amigo por los aires. Tenía una técnica infalible, y nos pasábamos tardes enteras dando vueltas y vueltas porque siempre podía enviar a alguien arriba para que cogiera la anilla y ganara un viaje gratis.

Pero al final de la velada, cuando me bajaba, tenía que sentarme varios minutos porque se me hacía un nudo en el estómago. Me tumbaba en el banco y dejaba que el mundo diera vueltas a mi alrededor. Ponía una sonrisa tonta y esperaba a que se me pasara el mareo. Ahora, experimentaba esa misma sensación, ese mismo estado de ánimo. Esperaba que aquella habitación agobiante y estrecha dejara de girar a mi alrededor, pero no lo hacía.

Una voz, quizás de ese pasado lejano que fue mi juventud, o quizás de un presente que quería ignorar, me llamó por mi nombre.

"Señor Bozzi, ¿me presta atención?".

Alguien con mi voz entonó un siniestro sí.

"Entonces permítame comenzar", dijo el comisario. "La chica fue encontrada dentro de la estación en un estado completamente desorientado por los guardias de la patrulla a las 6:10 de esta mañana. Se acercaron a ella y, cuando le pidieron que se identificara, pasó de largo como si no hubiera oído la petición. Esta escena se repitió tres veces. En ese momento, los agentes, temiendo por su seguridad, tuvieron que intervenir agarrándola del brazo. En cuanto sintió el contacto, empezó a gritar y a forcejear con una fuerza absolutamente desproporcionada; las cámaras de videovigilancia de la estación pueden dar fe de ello. Una vez comprobada la situación, los guardias tuvieron que intervenir con más fuerza para sujetar a la chica, evidentemente desorientada. Rápidamente se pidió ayuda médica, que confirmó las observaciones de los guardias. Se le administró un sedante y, tras comprobar que no presentaba heridas, fracturas u otras lesiones que requirieran hospitalización urgente, se procedió a su traslado. Se encontraron algunos efectos personales en la mochila de la niña".

Las cosas de Liliana estaban en un sobre sobre la mesa del comisario. Luego añadió: "La hemos rastreado a través de su

identificación. No llevaba su teléfono móvil". Después de dar este relato estéril y cruel, realizando la tarea sin pestañear, dejó de hablar y nos miró.

Tenía los ojos redondos y negros y no dejaba de mirarnos, esperando una reacción mientras nuestras vidas acababan de hacerse añicos, descarrilando como un tren desbocado. Ahora todo seguía igual en aquel cubículo. Oía sollozar a Cecilia, que se tapaba la nariz con la mano, agarrando un pañuelo de papel; la oía llorar y lamentarse. Era un lamento lejano, una letanía que salía de las cavernas ocultas de su alma.

Creo que ese fue el momento en que su cuerpo decidió bajar las defensas y dejarse arrollar por algún tipo de enfermedad. Lo que vio y oyó fue demasiado, incluso para ella, y así fue como se rindió, pero aún no lo sabía.

Entonces estalló en mí una pregunta, la primera y más natural que puede hacer un padre en una situación así; no suelo ser arrogante ni utilizar un lenguaje vulgar, pero sentí un impulso irrefrenable de levantarme, agarrar al comisario por el cuello de su uniforme, zarandearle, darle un puñetazo en la cara y obligarle a que me contara lo que le había pasado a mi hija.

Así que le dije de un tirón: "¿Qué coño ha pasado, comisario?". Se movió un poco nervioso en su asiento, pero recuperó la compostura.

"Lo que pasó, cómo acabó aquí en la comisaría, si estaba sola o con alguien... estamos intentando averiguarlo a través de las grabaciones de las cámaras de vigilancia. Estamos revisando las cintas. Lo que sabemos hasta ahora es que Liliana llegó aquí a Milán el jueves a las 13.00 horas, en un tren directo desde Bolonia, y luego se dirigió directamente a la parada del tranvía, señal de que tenía un destino concreto en mente y de que conocía el camino hasta allí. Esto nos hace pensar que no era la primera vez".

Cecilia, como yo, estaba viendo una película que nunca quiso ver. Sacudió la cabeza, como diciendo que no, que no era de nuestra hija de quien estaban hablando. A medida que continuaba su relato, el comisario Rivola veía crecer mi inquietud, exigía respuestas que sus palabras no me estaban proporcionando. Así que, por primera vez desde que estábamos sentados frente a él, Rivola bajó sus ojos redondos y negros y dijo estas palabras exactas: "Sospechamos que Liliana fue drogada y que alguien, aprovechando su estado de inconsciencia, abusó de ella. Los análisis del hospital nos dirán exactamente cómo están las cosas.

Lo siento, señor y señora Bozzi. Por el momento no hay nada más que podamos hacer o saber".

No sé qué ocurrió a continuación, pero mis piernas me izaron instintivamente, agarré el portabolígrafos y lo lancé contra la pared; bolígrafos y clips se desparramaron por la habitación, y no recuerdo exactamente si el puñetazo que descargué sobre el cristal fue suficiente para resquebrajarlo, pero lo que sí sé es que fue casi suficiente para fracturarme el hueso metacarpiano.

"¡Maltratada! ¡Drogado! ¿Qué demonios está diciendo, comisario?" Cada palabra iba acompañada de un golpe de mi puño contra el escritorio y del dolor que sentía en la mano con cada golpe. "¿Qué está diciendo? ¿Dónde estamos? ¿En una maldita película? Liliana, di algo, ¡por el amor de Dios! Dile al comisario que se equivoca".

Pero Liliana no dijo nada.

Sentí el calor de la mano de Cecilia sobre la mía, trató de encontrar mi mirada, pero fui incapaz de sostenerla, mis ojos fijos en el escritorio, esperando que al menos dijera algo, que todos aquí habían perdido la cabeza y que no podía ser verdad. Pero no lo dijo. Siempre iba un paso por delante, en cualquier situación, y yo me aferraba a su fuerza, como aquel maldito día.

Entonces habló, sólo unas palabras, sencillas, pero duras como una roca. No se puede discutir con una roca. Simplemente te estrellas contra ella. Si pierdes, gana. "Luigi, ya basta. Liliana nos necesita, y tú sólo estás empeorando las cosas. Mírala. Basta." Luego continuó: "Comisario, por favor, perdone a mi marido y díganos qué tenemos que hacer". Estaba derrotada. Un volcán sin lava, un saco de boxeo vacío, inútil. Empecé a pasearme de un lado a otro como un león enjaulado, con la cabeza gacha, como si olfateara el suelo en busca de una vía de escape. Que no existía.

Subimos a la ambulancia con Liliana, a la que habían sujetado a una silla con correas. Durante el trayecto hasta la clínica Mangiagalli, nadie habló, salvo el médico y la enfermera, que se susurraban instrucciones y opiniones.

Las baldosas eran pequeñas, cuadradas y azules, y aparte del zócalo blanco, no había distinción entre suelo y pared. Más que una sala de ginecología, parecía un acuario. Sospeché que todas las plantas del hospital y sus respectivas salas debían de dar la misma impresión: éramos peces caídos en la red, esperando a que el pescador nos sacara a flote y pusiera fin a la agónica espera.

Liliana llevaba más de una hora dentro. Le pregunté a Cecilia si quería agua o algo de comer, negó con la cabeza. Me acerqué a la

máquina de café, pero antes de que pudiera introducir las monedas, oí el ruido metálico de la barra de empuje detrás de mí y me volví rápidamente: era el médico que había estado atendiendo a Liliana.

Cecilia ya estaba de pie y, cuando llegué hasta ella, me miró como si me viera por primera vez en días.

"¿Los padres de Liliana?", preguntó la doctora, ajustándose las gafas. Asentimos.

"Liliana fue sometida a violencia durante varias horas y permaneció inconsciente la mayor parte de la prueba. Las pruebas confirman que le suministraron la llamada droga de la violación, también conocida como éxtasis líquido. Cuando se introduce en las bebidas, hace que la víctima se vuelva flexible y se someta, provocando a veces la pérdida de conciencia. Sus características la hacen especialmente adecuada para fines maliciosos: es un polvo o líquido incoloro con un sabor salado o ligeramente jabonoso y es prácticamente inodora".

Hizo una pausa, tosió y luego continuó en el mismo tono de conferencia médica: "La sustancia es soluble en agua y puede añadirse fácilmente a las bebidas de forma subrepticia. Tan pronto como quince minutos después de ingerirla, la víctima se siente

como si estuviera borracha, hasta el punto de que puede perder el conocimiento." Dijo "borracho", imitando las comillas con los dedos, y luego continuó: "Además, desde el momento en que se metaboliza, esta droga provoca amnesia anterógrada: la víctima no recuerda nada de lo ocurrido tras la ingestión de la sustancia. Las víctimas pueden ser conscientes de que han sido agredidas, pero no pueden recordar los detalles ni al agresor. Del frotis vaginal obtuvimos varios datos".

"¿Qué tipo de información?", preguntó Cecilia. No estaba segura de querer seguir escuchando. Y tenía razón.

"Los abusos se prolongaron durante horas y, además de su estado físico, su estado psicológico también me preocupa", añadió el médico. "Tengo la impresión de que al principio debió de confiar en el hombre, y el estado de shock en que se encuentra también depende en gran medida de ello. Esperemos a que desaparezcan los efectos sedantes del Tavor, y luego irá un psicólogo a hablar con ella; entonces podrá entrar usted."

"¿Pero cómo de drogada estaba?" Tuve fuerzas para decir.

"Sí, señor Bozzi, lo siento mucho, las sustancias utilizadas para facilitar la violación pueden tener efectos sedantes, hipnóticos, disociativos e incluso provocar amnesia. Las dosis normales

pueden causar náuseas, malestar general, mareos, somnolencia y otros malestares, y las dosis más altas pueden provocar convulsiones, pérdida del conocimiento y, en el peor de los casos, incluso la muerte. En la sangre de Liliana detectamos una cantidad que yo calificaría de muy alta, por lo que podemos decir que estaba en grave peligro."

Apagón.

"Hay más", añadió el médico. Para entonces, mi visión se había nublado y ya no podía distinguir su rostro. Sentía como si alguien me estuviera azotando con sangre, con la intención de hacerme morir de dolor.

"¿Qué? le pregunté.

"Tenemos que hacer más pruebas para descartar la posibilidad de embarazo".

Tuve que sentarme. Enterré la cabeza entre las manos. De repente, las puntas de mis zapatos me parecieron fascinantes. Quizá estaba soñando.

Me quedé mirándome los zapatos. Pensé que debía deshacerme de ellos de una vez por todas. Me delataban. Se notaba a la legua que era un pobre trabajador desesperado. Tras esta breve y absurda reflexión, me invadió un sentimiento de incapacidad.

Coloqué los pies de forma que quedaran perfectamente paralelos y alineados con las líneas de lechada de las baldosas azules.

Necesitaba orden.

Estaba condenada, esperando a que un pescador me sacara de aquel pantano azul. Quería morir y acabar en algún puesto de la pescadería. Pero quería hacerlo con zapatos nuevos.

"¿Cuándo podremos verla?"

"El forense aún la está examinando. Después, te reunirás con el psicólogo. Te llamaremos. Tienes que ser fuerte y tener paciencia".

Cecilia lloraba mientras intentaba balbucear un agradecimiento al médico.

Yo permanecí en silencio y seguí mirando al suelo.

"Tenemos que saber quién lo hizo", estallé, apretando los puños aunque me incliné por el derecho, dado el dolor que me causaba.

"Liliana nos lo dirá. Luigi, por favor, intenta calmarte".

"¿Liliana? Es probable que tuviera una aventura aquí en Milán con alguien, ¡y ni siquiera sabíamos que había pisado esta maldita ciudad, Cecilia!".

"Tendrá que decírnoslo".

"No nos dirá nada. De todos modos, ya tengo una idea de quién podría haber sido. ¿Recuerdas a ese cerdo de profesor? ¿El que se acostaba con sus alumnas?"

"Luigi, deja de hablar así."

"¿Recuerdas a ese cerdo de profesor de su academia que se acostaba con sus alumnas?"

"Sí, lo recuerdo perfectamente. Se llamaba Tullio Lauro".

"Ese profesor es de Milán".

"Bien, el profesor es de Milán. ¿Y qué? No significa nada, Luigi. Nada en absoluto."

"Significa mucho para mí, Cecilia".

Al día siguiente volví a ver al comisario Rivola, que no parecía muy contento de verme.

"Comisario, necesito hablar con usted".

"Buenos días, Sr. Bozzi, ¿cómo está su hija?"

"Liliana saldrá adelante, pero quiero saber si han descubierto quién lo hizo".

El comisario sonrió como se sonríe a un niño que afirma que hay diez días en una semana.

"Señor Bozzi, tenemos que empezar de cero, reconstruir los movimientos de su hija, llevará tiempo y no será fácil".

"Sé quién lo hizo", declaró, buscando en mi interior un coraje que no poseía.

"¿Cómo dice?"

"Lo que he dicho. Dije que sé quién violó a mi hija".

"Entonces dímelo".

"Tullio Lauro."

"¿Y ese nombre debería significar algo para mí?"

"Tal vez sí, tal vez no. Depende de si has estado viendo las noticias últimamente".

"Siempre veo las noticias."

"¿Así que habrás oído hablar de ese profesor de Milán al que despidieron porque tuvo, no una, sino varias aventuras con sus alumnas?"

"No, lo siento, pero no me suena".

"Pues entonces investiga y ten en cuenta una cosa".

"¿Qué cosa?"

"Tullio Lauro fue uno de los profesores de Liliana."

"Sr. Bozzi, usted sabe mejor que yo que eso no serían más que conjeturas infundadas. Haremos algunas comprobaciones, pero las investigaciones no pueden basarse en este tipo de deducciones."

"Prométame que averiguaré dónde estuvo el profesor Lauro la otra noche", le dije tendiéndole la mano, que creo que en ese momento estaba temblando.

"Te lo prometo", me tranquilizó, estrechándome la mano a su vez.

Pasamos otros veinte días en Milán, y cada mañana, al abrir los ojos, me prometía a mí misma que aquella sería la última vez que pisaría aquella ciudad. Era la promesa más vacía que podía hacerme; no podía saberlo entonces, pero en aquellos momentos, en aquella habitación de hotel, tumbada entre aquellas sábanas, sobre aquella alfombra, lo único que podía hacer era esperar que todo acabara pronto.

Cecilia permanecía al lado de Liliana, incluso de noche, y por la mañana, cuando iba a llevarles croissants calientes y algo de beber, me contaba lo inquieto que era el sueño de nuestra hija. En su mente aparecían constantemente sentimientos confusos y terribles, sobre todo por la noche, en forma de imágenes, pensamientos, percepciones o pesadillas.

"A veces su mente revive inconscientemente la violencia que padeció; su estado inconsciente no le permitía formar recuerdos o imágenes claras, y eso está aumentando su angustia, Luigi. Tengo buenas y malas noticias: ¿cuáles quieres oír primero?"

"Para mí no existen las buenas noticias, Cecilia", murmuré.

"No seas tan pesimista, Luigi; hay una buena noticia, y es que las últimas pruebas demuestran que no está embarazada".

No dije nada. Era un resultado que evidentemente había descartado desde el principio, así que no me hizo sentir mejor.

"Muy bien, ¿cuál es la mala noticia?". Me limité a decir.

"Los médicos, Luigi, dicen que si no se la trata adecuadamente, corre el riesgo de desarrollar un trastorno crónico".

"¿Qué quieres decir?" le pregunté.

"Quiero decir que podría estar así para siempre".

"¿Así para siempre?"

"Para siempre, Luigi".

Un lluvioso lunes de octubre, Liliana salió del hospital. Ese acuario de lugar nos escupió, junto con un diagnóstico de trastorno de estrés posttraumático severo. ¿El tratamiento? Un cóctel de psicofármacos y tranquilizantes, y la firme recomendación de que buscásemos a nuestra hija un buen

especialista, sobre todo para los primeros meses. Condujimos por la A7 en dirección a Gromi casi en silencio. Por el retrovisor, observé a Liliana. Creo que pasé más tiempo mirándola a ella que mirando la carretera; era ella, pero al mismo tiempo no lo era. Buscaba a mi Liliana en los ojos negros de aquella chica sentada en el asiento trasero, donde sólo distinguía una luz tenue, firme, pero vacía. Cecilia, que miraba por la ventanilla, también estaba pálida y parecía haber envejecido, como de hecho había sucedido. Su cuerpo ya había empezado a rendirse a la vida; ella, que siempre había sido mi roca, fuerte, firme e inquebrantable, había empezado a desmoronarse por dentro. Yo sólo podía observar, impotente, lo que ocurría. Miré a Liliana e imaginé al comisario Rivola y a su equipo de policías irrumpiendo en la casa de aquel maldito profesor.

"¿Tullio Lauro?"

"Sí, soy yo, ¿qué quiere?"

"Queda detenido".

Imaginé los titulares. El profesor de Milán es un monstruo, viola a una ex alumna. No podía salirse con la suya; había arruinado la vida de mi niña, la de Cecilia y la mía. Octubre pasó volando, y noviembre se nos echó encima como la bruja mala de

un cuento de hadas, a las puertas de un pueblo de habitantes inconscientes, con su manto cargado de miseria. Liliana no mejoraba. Mi mujer tenía frecuentes consultas con el médico que la trataba en Milán, pero poco se podía hacer aparte de seguir con la terapia, tener paciencia y rezar, añadió Cecilia.

Pasábamos muchas noches en vela, despertados por los gritos de Liliana o sus gemidos, incapaces de volver a conciliar el sueño, atormentados por los pensamientos y la creciente certeza de que nunca volveríamos a tener la vida de antes. Hacia finales de noviembre, intenté hacerle la pregunta a Liliana por primera vez.

Me había preparado. Era la hora del almuerzo y Cecilia estaba en la cocina. Yo estaba sentado a la mesa, fingiendo ver la televisión. Cuando ella se unió a mí en la mesa, la miré y traté de sonreír. Creo que no fue mi mejor sonrisa. Me aclaré la garganta. Cecilia sabía lo que iba a hacer. No se volvió para mirarme, pero dejó de hacer lo que estaba haciendo y creo que incluso dejó de respirar. Me armé de valor y le dije: "Liliana, mi querida niña, mamá y yo estamos muy contentas de verte aquí con nosotras, pero también estamos muy preocupadas. Sabemos que nos quieres y por eso tienes que ayudarnos, mi amor. Dinos el nombre de la persona que te hizo daño aquella noche, por favor".

Sus grandes ojos negros estaban fijos en los míos. No sólo me miraba, sino que me escuchaba atentamente. Por un momento, todo mi cuerpo tembló al pensar que podría responderme, que podría poner fin al tormento que había atormentado a sus padres día y noche, que por fin podríamos esclarecer lo ocurrido, hacer justicia y encontrar a ese bastardo. Por una fracción de segundo, me pareció ver un destello de algo en el fondo de sus iris negros, como un astronauta perdido en el vasto y silencioso vacío del espacio.

El momento se rompió cuando bajó la mirada y empezó a jugar con los dedos. La cuerda floja se rompió y caí, completamente derrotado. Fue una caída silenciosa y sofocante. Cogí la mano de Cecilia. No podía enfrentarme a esto solo.

No estaba preparado para afrontarlo solo. Pero pronto tendría que aprender a ser fuerte. Al final, Liliana no dijo ni una palabra. Cecilia llevó los platos de comida a la mesa.

No podía entender cómo era posible que nuestra hija estuviera protegiendo a ese asqueroso. ¿La había amenazado? ¿La había amenazado con hacernos daño y ella lo estaba encubriendo para mantenernos a salvo? No podía hacer nada. Cecilia, por su parte, nunca había dado crédito a mi teoría sobre el profesor Lauro; a

pesar de ser un perverso, no teníamos pruebas que lo incriminaran, y eso era un hecho. Pero yo intuía que había algo más, y sabía que el comisario Rivola no tardaría en darme la razón. No tenía ninguna duda.

Milan, el regreso

Salí de la A7 cerca de Sant' Ambrogio y busqué una cafetería para mear, tomar un café y preguntar por ahí.

"Un café solo largo, por favor".

"¿Algo para acompañar?"

"Un croissant de crema".

"Muy bien, enseguida".

"Disculpe, señora."

"¿Sí?"

"Estoy buscando un hotel barato por aquí, ¿conoce alguno?"

"Hay un montón de sitios donde alojarse por aquí, pero si no quiere ir muy lejos, está el Boston, a un par de calles. Es un tres estrellas, si no recuerdo mal".

"Bien, le echaré un vistazo, gracias".

Habitación 104, baño privado. Primera planta. Lo primero que hice fue tirarme en la cama para probar el colchón. El papel de la pared estaba amarillento, pero no podía esperar nada mejor. La ventana era bastante grande y daba a la calle principal. El Hotel Boston había vivido tiempos mejores, de eso no había duda, e

incluso la recepcionista parecía coincidir con el ambiente destartado, pero para mí era perfecto: era barato, tenía techo, baño y cama. No necesitaba nada más.

Abrí la maleta y cogí el jabón. Necesitaba refrescarme antes de salir. Cuando sonó el teléfono, ya estaba en el baño. Ahí está, pensé. Mientras me secaba la cara con la toalla, eché un vistazo a la pantalla: era él, no podía ser nadie más a estas horas. Respiré hondo. Decidí llamarlo para encararlo inmediatamente sin más dilación; contestó al primer timbrado.

"Luigi".

"Aldo".

Hubo una pausa, lo bastante larga como para que sospechara que se había cortado la línea.

"¿Dónde estás?"

"¿Adónde te dije que iba?"

"¿Por qué?"

"Eso también lo sabes".

"Dime dónde estás y te recojo."

"De ninguna manera."

"Podemos encontrar otra solución. Tienes que pagar la matrícula, no lo olvides."

"Como si pudiera olvidarlo. Me está carcomiendo la cabeza, Aldo."

"Luigi, tienes razón en estar enfadado, pero así no vas a resolver nada".

"No tengo nada que perder, Aldo."

"Eso no es cierto, Luigi, y lo sabes."

"Aldo, nunca he hecho nada bueno en mi vida. De no ser por Cecilia, habría sido un completo fracaso. Ahora estoy solo. Ella se ha ido. Liliana está atrapada en esa clínica, y ese cabrón está por ahí disfrutando de la vida. Es hora de hacer algo al respecto".

"Luigi, no hay nada que puedas hacer más que intentar ayudar a Liliana."

"Sí, en cambio, tengo que vengarme. Eso sí que puedo hacerlo."

"Cecilia no querría eso".

"No conociste a Cecilia hasta el final, ella era una luchadora, ella sí que aprobaría mi plan".

"No digas tonterías. Cecilia jamás te habría dejado pensar esas cosas".

Sus palabras me golpearon con fuerza. Tenía razón.

Colgué.

Me puse el abrigo, cogí el dinero y salí.

El recepcionista permanecía en la misma posición y con la misma expresión que antes; le dejé la llave de la habitación sobre el mostrador, pero no movió un músculo.

Milán me recibió con una mañana gris. Caía una ligera lluvia y los coches que pasaban levantaban un fino rocío de la carretera.

No se me había ocurrido traer paraguas y ni siquiera llevaba gorra ni capucha. Qué idiota.

Necesitaba encontrar un lugar con ordenador e internet, pero mi única estrategia era caminar hasta dar con uno.

Deambulando como un alma en pena, me fijé en un quiosco de prensa sin nadie dentro.

"A ver... No, es difícil encontrar uno por aquí. Suelen estar en el centro o cerca de la universidad".

"Ya veo, ¿y están lejos?".

"Bueno, sí, si vas andando. Mejor coge el autobús 98. Para justo aquí y te deja en Via Giambellino".

"Via Giambellino", respondí.

"Sí, Via Giambellino, ¿necesitas que te lo escriba?".

"No, gracias, ya me acuerdo".

"¿Tienes billete de autobús?"

"No."

"¿Cuánto cuesta?"

"Dos".

"Aquí tiene."

"Gracias."

"Aquí tienes."

La carretera llena de baches y el balanceo del autobús casi me duermen cuando llegué a la última parada. El conductor apagó el motor, abrió la puerta y se bajó. Lo seguí poco después y, nada más bajar del autobús, me di cuenta de que el paisaje urbano había cambiado. Atrás quedaban los grandes espacios verdes y las vías rápidas, sustituidos por una vasta extensión de hormigón y edificios de siete plantas.

Caminé medio kilómetro y encontré a mi izquierda un cartel destartado que decía "Centro de servicios, punto de internet". Era un lugar minúsculo, de no más de veinte metros cuadrados, atestado de puestos de ordenador. Pagué una hora y me senté. Me devané los sesos intentando recordar qué icono debía pulsar para abrir el navegador, tal y como me había enseñado Giacomo, el hijo de Aldo. Me quedé mirando la página en blanco del buscador, esperando mis instrucciones.

El cursor parpadeaba.

Me aclaré la garganta como si tuviera que darle instrucciones verbales, o hablar con una persona de verdad, acerqué la silla al teclado y con el índice derecho empecé a escribir: l e o n a r d o u r r i y luego pulsé Intro.

Ya estamos aquí. Nos volvemos a encontrar, pensé. El primer resultado de la búsqueda fue la página web de su fundación, Los Niños Felices. Recordé que Giacomo me había dicho que pasara el puntero por encima de la página que quería abrir y pulsara sobre ella, pero no recordaba si era una o dos veces. Hice clic dos veces, por si acaso.

No había visto muchas páginas web en mi vida antes de aquella mañana. De todos modos, apareció una foto de un hombre sonriente con un niño negro sobre los hombros y otro rubio en brazos. Tenía que ser él.

La receta contra la pobreza es TU generosidad, proclamaba el eslogan justo debajo. Claro, señor Urri. Seré muy, muy generoso, en cuanto averigüe cómo conseguirle ese maldito dinero, murmuré para mis adentros. Entonces vi un botón con un significado inequívoco: done ahora. Todo lo que tenía que hacer era pulsarlo. Tenía el dinero en el bolsillo. ¿Cómo iba a donar

pulsando un botón en una pantalla? Por suerte, resultó ser más fácil de lo esperado.. ¿Cómo iba a donarlo pulsando un botón en un monitor? Por suerte, descubrí que era más fácil de lo esperado. La página tenía el IBAN, el nombre de la cuenta y la referencia del pago. Pedí papel y bolígrafo y copié cuidadosamente toda la información. Una vez fuera, me puse a buscar un banco. Quería hacer el ingreso lo antes posible, y encontré uno a pocas manzanas.

"Necesito hacer un depósito, en realidad, es una donación".

"¿Cuánto vas a donar?".

"Toma. Cinco mil euros".

El cajero del banco me miró, luego deslizó el dinero en el contador de billetes.

"¿Qué pongo como referencia?", preguntó.

"Donación liberal, Luigi Bozzi, y por favor añade este número de teléfono". Le mostré mi número escrito en un papelito.

"¿Cuándo estará disponible el recibo?" le pregunté.

"No más tarde de 48h, así que en un par de días como máximo".

Salí del banco con una extraña sensación de vértigo. Estaba un poco mareado, así que fui a sentarme en un banco cercano. Prácticamente había vaciado mi ya escasa cuenta bancaria.

Había algunos ancianos arrastrando los pies con sus cuidadores, algunas palomas y yo. Instintivamente, palpé el bolsillo de mi chaqueta, donde guardaba el teléfono. Ya estaba esperando la llamada, aunque no había pasado ni una hora desde la donación.

Pensé en que me lo estaba jugando todo, pero esta vez no se trataba de una maldita máquina tragaperras que me chupaba el dinero, sino de una apuesta conmigo mismo, y tal vez, sólo tal vez, podría hacer algo bueno en mi vida: vengar a Liliana.

Me di cuenta de que lo único que podía hacer ahora era esperar. Tenía Milán ante mí y no sabía qué hacer con él. Podía vagar sin rumbo y darme todo el tiempo que necesitara para pensar: ¿qué haría si Urri no llamaba? ¿Qué historia se me ocurriría? ¿Tendría que admitir que Aldo tenía razón? Luego pensé en qué demonios estaba haciendo en Milán. ¿Por qué había venido a Milán? Podía haber encontrado un punto de internet en Gromi, hacer la donación en algún banco de Gromi y esperar. Me

sentía como un idiota. Ya había pagado el hotel para una semana. ¿En qué estaba pensando?

Urri no estaba esperando al Sr. Luigi Nobody Bozzi y su mísera suma. ¡Qué tonto fui!

Decidí coger un bocadillo y volver al hotel. Se me habían quitado las ganas de pasear por Milán. Menos mal: ya había bastantes idiotas por las calles de la ciudad. Un rato después, de vuelta en mi habitación, mi espalda confirmó que la cama no estaba nada mal. Cerré los ojos. El idiota necesitaba descansar.

Cuando me desperté, ya no entraba la luz del día por la ventana, sino el resplandor de las farolas. La boca me sabía a algodón. Tenía hambre y sed. Más que levantarme de la cama, arrastré los pies descalzos por la alfombra; me daba un poco de asco. Después de una ducha, volví lentamente a la realidad. Y cuanto más lo hacía, más me daba cuenta de lo mucho que me había recargado aquel sueño profundo y repentino. Miré el móvil. No había mensajes ni llamadas. Necesitaba comer algo. Poco después salí a la calle y empecé a caminar a paso ligero. Unas horas antes me había sentido como un idiota; ahora era un idiota bien descansado pero hambriento. La situación no había cambiado. La sensación de malestar se aferraba a mí como un tatuaje. Era un

don nadie, fuera de lugar, vagando por calles completamente desconocidas, esperando una llamada de teléfono que probablemente nunca llegaría.

Así se hace, Luigi. Eres una auténtica pieza.

Fue el olfato, antes que la vista, lo que me sacó de mis pensamientos. Fue el inconfundible aroma de la pizza, no sólo a tomate, orégano, mozzarella, aceite y masa, sino a la fusión alquímica de todos esos ingredientes y más; fue el olor de la leña ardiendo en el horno. Era casi catártico. Entré e inmediatamente pedí una quattro stagioni con doble mozzarella y dos cervezas.

Me entretuve con la segunda cerveza en la mesa.

"Esa pizza estaba muy buena", le dije al tipo que seguía sirviéndolas.

"¿Te gustó?"

"Sí, estaba buenísima. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo pizzas?"

"Dos años.

"¿De dónde eres?"

"Soy senegalés. Llevo cinco años en Italia".

"Me llamo Luigi. Encantado de conocerte."

"Ali."

Me alegré de haber descubierto la pizzería para llevar de Ali.

Compré una tercera cerveza y me fui.

Tenía unas ganas inusuales de caminar. Me atrajo la luz roja parpadeante de lo que parecía un club nocturno. Estaba en la acera de enfrente. De lejos, me había parecido el contorno iluminado de un vaso con pajita. Cuando me acerqué, me di cuenta de que no era un vaso, sino una especie de pin-up con un cigarrillo. Me quedé mirándolo unos segundos más, y luego me encontré abriendo la puerta de un empujón. Había oído hablar de estos sitios a los más jóvenes de la fábrica. Siempre los había juzgado con dureza. Se quedaban fuera hasta el amanecer, malgastando su dinero en alcohol y mujeres. Ahora estaba dentro, y los graves de aquella extraña música echaban por tierra cualquier sentimiento de culpa que pudiera haber sentido. Las paredes del club estaban decoradas con carteles y fotografías de contenido explícito, mientras que las pantallas reproducían vídeos eróticos para estimular la imaginación. Había un bar en una esquina, y en el pequeño escenario, un espectáculo de burlesque estaba en pleno apogeo.

"Póngame uno de esos", le dije al camarero, señalando la tercera línea del menú. No tenía ni idea de lo que era, pero estaba seguro

de que tenía alcohol. Le di un trago y empecé a mirar a mi alrededor. El club empezó a girar. Había chicas casi desnudas enrolladas en postes, simulando actos lascivos, hombres a escasos centímetros de ellas, torpes, con sonrisas bobaliconas dibujadas en la cara. Yo también debía de tener esa sonrisa, pensé, palpándome la cara. Me quedé allí sentada durante horas. Ni siquiera intenté levantarme del taburete, porque dudaba que pudiera mantenerme en pie. Pedí otra copa, que sería la última.

"Señor. Hola, señor."

"¿Sí?"

"Estamos a punto de cerrar. Tienes que beber y salir".

Era uno de los porteros, pero al principio tuve la impresión de que era una bola de billar la que me hablaba. Tenía la cabeza perfectamente afeitada y brillante, y las luces se reflejaban en ella. Me quedé mirando su cabeza reluciente mientras intentaba murmurar por la boca seca como el algodón: "Vale, ahora me voy".

Me tambaleé hacia la salida. Fuera, estaba amaneciendo y mis oídos pitaban tan fuerte que veía pasar los coches pero no podía oírlos. Incluso las voces de las últimas personas que salían, como yo, parecían proceder de una habitación con la puerta cerrada.

Mi vejiga estaba a punto de estallar. Tenía que volver al hotel, pero no tenía ni idea de cómo. Empecé a caminar para ver si lo conseguía sin caerme de bruces en la acera.

La mañana parecía tener prisa por llegar aquel día, y cuanto más entraba la luz, más empezaban a disiparse las sombras en la noche de mi mente. Estúpido y pervertido también, pensé. Cuando por fin llegó un taxi, tuve suerte de pararlo.

Sentado en la parte de atrás, intenté aflojarme el cinturón sin que el conductor se diera cuenta. Estaba a punto de mearme encima.

Estúpido, pervertido e incontinente.

"¿A dónde, señor?"

"Al Hotel Boston."

"¿Sabe la dirección exacta?"

"No la recuerdo. Lléveme cerca de Sant'Ambrogio y lo averiguaré."

"No te preocupes, lo encontraré en el GPS".

Las carreteras seguían relativamente despejadas, y me encontré de nuevo frente al hotel unos diez minutos después. Pagué el billete y entré.

El ser inanimado del día anterior no estaba en la recepción. En su lugar, había un chico joven, prácticamente dormido sobre sus pies. Cogí la llave y subí prácticamente corriendo las escaleras, tan rápido como puede correr alguien que apenas puede aguantarse. Vacíe la vejiga y, con ello, liberé esa sensación de opresión que llevaba arrastrando desde que salí de aquel maldito club.

Me arrastré hasta la cama y, como la tarde anterior, me quedé mirando el techo amarillento.

Apenas tuve tiempo de decir -o al menos eso creí- "Perdóname, si puedes, Cecilia, antes de dormirme".

Eran poco más de las once de la mañana cuando la vibración del teléfono en mi bolsillo me devolvió a la realidad de la forma más brusca posible. Esta vez no era mi vejiga la que parecía a punto de estallar, sino mi cabeza. Saqué el teléfono. Era Aldo.

"Aldo", dije, intentando parecer despierto.

"Luigi, esperábamos tu llamada anoche".

"¿Por qué?"

"Estábamos preocupados por ti."

"Claro, bueno, ya me conoces. Dejé mi teléfono en la habitación. Fui a dar un paseo, y cuando volví, era demasiado tarde para llamar."

"¿Estabas durmiendo?"

"¿Quién, yo? No."

"¿Estás resfriado?"

"Aldo, estoy bien. Estoy en mi habitación, a punto de salir".

"¿Qué hiciste ayer?"

"Nada importante."

"¿Qué planes tienes para hoy?"

"Nada especial."

"¿Y qué haces en Milán, entonces?"

"Ya sabes por qué."

"Luigi, sólo pierdes tiempo y dinero. ¿Por qué no vuelves a Gromi? Hablaremos, intentaremos resolver algo juntos".

"Aldo, tengo que irme. Te llamo esta noche".

Colgué sin esperar respuesta.

Revisé mi teléfono para asegurarme de que no hubiera otras llamadas o mensajes. No había nada. Necesitaba una ducha. Tenía que lavarme el sudor y la culpa. Luego podría intentar pensar y tomar algo para este dolor de cabeza.

El tipo de la recepción resultó ser más hablador pero también mucho más indiscreto que su inanimado colega.

"¡Buenos días, Sr. Bozzi! Tarde anoche, ¿eh?"

"Sí."

"¿Va a comer?"

"Sí."

"¿Tienes algún lugar en mente?"

"No."

"Echa un vistazo a este folleto. Enumera un par de pequeños restaurantes donde se puede comer bien y barato. Este está muy cerca. Se llama Aldo's".

"¿Aldo's?"

"Sí."

"No, creo que caminaré un poco más."

"Perfecto. Bueno, a un kilómetro de aquí, hay otra trattoria, el Rey de Picas. Hacen un filete excelente".

"Genial, creo que lo comprobaré."

"¡Buen provecho!"

El tipo indiscreto y hablador de la recepción tenía razón. Comí una chuleta de ternera, poco hecha, como hacía siglos que no comía. También tuvieron la amabilidad de proporcionarme algo para el dolor de cabeza.

Volví a mi 104, que mientras tanto empezaba a adquirir algunas connotaciones de familiaridad.

El teléfono estaba en silencio, ¿había llegado la nota de crédito a la fundación? ¿Qué debía hacer? Esperar. ¿Pero dónde? Valía la pena volver a Gromi. ¿Qué sentido tenía aquella estancia forzosa en Milán? ¿Acaso corría el riesgo de acabar de nuevo en algún club con carteles luminosos? Para el hotel habría pedido el reembolso de los días restantes. El chico de recepción parecía un tipo razonable.

Intenté hacer balance, no tardé en ver el gran signo menos, parpadeando en rojo como el pin-up del cartel de la noche anterior.

Mientras tanto, el teléfono empezó a sonar. Pensé que era Aldo, después de todo era casi de noche. En la pantalla no aparecía su nombre, sino un número. Pensé que era la fundación y me apresuré a contestar.

"Hola, ¿habla el Sr. Luigi Bozzi?"

"Sí, soy yo, Luigi Bozzi. ¿Quién habla?"

"Villa delle Margherite, Sr. Bozzi. Le paso con la oficina de contabilidad".

Respiré hondo. Tan profundo que el hedor de la humedad penetró en todas las grietas de mis viejos pulmones.

"Sr. Bozzi, buenos días, le llamo porque hemos visto que ha recibido nuestra carta recordatoria. ¿Tiene alguna pregunta al respecto?"

"No, ninguna pregunta".

"¿Estaba claro el contenido?"

"Sí, completamente claro, tengo dos meses desde el momento de la recepción."

"Perfecto. Por supuesto, estamos dispuestos a cumplirle con más plazos, lo importante es que nos demuestre su voluntad de empezar a recuperar la deuda."

"Por supuesto, tengo la voluntad, se trata de mi hija".

"Lo sabemos, Sr. Bozzi. Pero hacemos nuestro trabajo en esta oficina".

"Sí, soy muy consciente de ello."

"¿Ha pensado ya en un plan de regreso?"

Pensé por un momento que se referían al viaje de vuelta desde Milán.

"No. Tengo que hablarlo con el asesor", mentí.

"Bien. ¿Podrías mantenernos informados, por favor?"

"Claro, lo haré".

"Adiós entonces, Sr. Bozzi".

Arrojé el teléfono sobre la mesilla de noche, y a mí mismo sobre la cama, y mientras Morfeo se apoderaba de mí, decidí que volvería a Gromi a la mañana siguiente. Otro agujero en el agua del hombre estúpido, pervertido e incontinente en que me había convertido.

La puerta se abrió sin hacer ruido. Era Liliana, caminando descalza y mirándome sin decir palabra mientras venía a sentarse en mi cama de la habitación 104.

"¿Qué haces aquí, cariño?"

"Esperando, papi".

"¿Qué esperas?"

"A que me llames".

"¿Por qué debería llamarte?"

"Porque me caso mañana."

"Me olvidé de llamarte, pero iré, ¿con quién te casas?"

"Con el único hombre que me queda, contigo".

Empezó a llover.

"No tengo paraguas, ni capucha ni chubasquero, qué estúpida soy. Ven bajo las sábanas o corres el riesgo de ponerte enferma, Liliana".

"Pero si ya estoy enferma, papá. Mamá dice que me pondré bien pronto".

"¿Dónde está mamá?"

"Esperando a que vuelvas."

"Pero nunca me fui."

"Ahora no estás aquí, papá. ¿Qué haces aquí, papá?"

"Estoy buscando a alguien, cariño."

"No hay nadie aquí, papá, contesta el teléfono."

"Pero si no me llama nadie".

"Eso no es verdad, escucha con atención. Mamá dice que me pondré bien pronto".

"¿Dónde está mamá?"

"Esperando a que vuelvas."

"Pero nunca me fui."

"Ahora no estás aquí, papá."

"Pero estoy aquí."

"Nunca estuviste aquí, papá, y ahora no puedes compensarlo, es demasiado tarde."

"Nunca es demasiado tarde, Liliana."

"Sí, lo es."

"No, no lo es."

"¿Quieres a mamá? La quiero. Ella dice que me pondré bien pronto. ¿Sabes dónde está mamá? Esperando a que vuelvas".

"Liliana, ven debajo de las sábanas, te estás mojando, está lloviendo allá arriba".

Entonces Liliana se levantó, el colchón se movió y yo me estremecí como un bebé en su cuna.

Abrí los ojos de par en par: la habitación seguía a oscuras, el reflejo de las farolas de la calle penetraba por las tablillas de las contraventanas medio cerradas.

Miré el reloj: las 3.29. Tuve la sensación de que el cuello de mi pijama estaba mojado, así que me lo toqué. No era una sensación. Bajé la mano derecha hasta la altura del pecho, mojado. Aparté las sábanas, salí de la cama, me arrastré hasta el cuarto de baño y abrí la ducha sin esperar a que el agua estuviera caliente. Esto era lo que quería: que me golpearan. Y si fue alguien o algo no me importó, fue el agua fría la que lo hizo esa noche y lo agradecí. Gracias, agua. Ahora pégame. Escúchame. Aquí estoy, cierro los ojos, levanto la cabeza, dejo que me sumerjas. Lo importante es que estés fría para que pueda sentir cada gota que golpea mi piel, la piel de un viejo estúpido, pervertido e incontinente. Me quedé tan quieto, el tiempo suficiente para empezar a temblar. Salí. Me

sequé. Volví a la cama. Mi piel estaba fría. Me acurruqué bajo las sábanas. Volví a dormirme.

Ya no soñé más.

Cuando volví a abrir los ojos, era de día. Me mantuve firme en mi decisión. Volvería a Gromi. ¿Qué hacía yo en Milán?

Hice la maleta lo mejor que pude, ni siquiera había tocado los libros de Urri, estaban allí junto a mis calcetines.

En la recepción me esperaba el chico indiscreto, logorreico y educado.

"¡Sr. Bozzi, buenos días! ¿Ha dormido bien?"

"Sí, gracias, como un bebé".

"Oh, bueno en realidad la dirección cambió hace poco los colchones, nuestros clientes están contentos".

"Debería dejar la habitación", dije para abreviar.

"¿Decidiste irte temprano?"

"Sí."

"¿Pero por qué? ¿No le gustaba estar con nosotros?"

"No, más bien es por motivos personales".

"Ya veo, rellene este formulario, por favor, mientras tanto le imprimiré la factura".

"¿Puedo saber su nombre?" le pregunté.

"Me llamo Francesco", respondió, complacido por la pregunta.

"Francesco, el bolígrafo no escribe".

Con un bolígrafo nuevo empecé a rellenar el formulario y pensé que volvíamos a lo mismo de siempre. No había concluido nada. Me estaba retractando, como cuando el sindicato FiGromit me ofreció formar parte de la junta directiva: primero acepté, luego me negué. A Cecilia le dolió, dijo que yo tenía el carácter duro para emprender esa experiencia, pero me sentía incapaz, exactamente como me sentía en ese mismo momento.

"Aquí tiene, señor Bozzi", dijo cordialmente Francesco. Colocó la factura sobre el mostrador, junto al formulario que yo estaba rellenando; casi había terminado cuando el teléfono empezó a vibrar.

Aldo era un cabrón testarudo, peor que yo. Me arrebaté el teléfono del bolsillo, estaba a punto de reñirle algo como me vuelvo con Gromi, ¿contento? Ahora voy a cerrar que tengo que pagar la cuenta del hotel. Pero no lo hice. No lo hice porque no era Aldo. Sino un número desconocido. La clínica ya me había llamado el día anterior: estaban exagerando de verdad.

"Hola", gruñí en el tono más grosero posible.

"Buenos días, ¿habla el Sr. Luigi Bozzi?".

"Soy yo, ¿quién habla?".

"Le llamo de la Fundación Niños Felices, Sr. Bozzi. Usted hizo una donación anteayer, ¿es correcto?".

"Sí", confirmé mientras me apoyaba en el mostrador de recepción.

"Muy bien, Sr. Bozzi, se lo agradecemos de todo corazón. Hay alguien que quiere hablar con usted, ¿puede esperar?".

"Sí, por supuesto".

Le hice un gesto a Francesco para que esperara, salí a la calle para asegurarme de que el teléfono descolgaba bien y apartar sus ojos curiosos de mí. Permanecí varios minutos en espera, escuchando de fondo música clásica cuyo compositor desconocía.

"¿Luigi Bozzi?"

"Sí, soy yo".

"Buenos días, soy Leonardo Urri".

"..."

"¿Diga? ¿Me oye?"

"Sí, sí, le oigo."

"Sr. Bozzi, hizo bien en poner su número de teléfono en sus datos de pago, la fundación se lo agradece y quiero agradeceréselo en persona."

"Me alegro, no me lo esperaba".

"¿Dónde está usted? Estamos en Milán, pero quizá ya lo sepa".

"Yo también estoy en Milán".

"¡Ah, bueno! Eso hace las cosas mucho más fáciles, así que déjame revisar mi agenda... mañana a las 5pm ¿te parece bien?"

"¿Mañana a las 17h?"

"Sí, Sr. Bozzi, mañana a las 17:00, ¿me oye bien?"

"Sí, le oigo".

"Entonces, ¿qué pasa? ¿Ya tiene planes?"

"No. Estoy libre."

"Muy bien entonces, fijémoslo para mañana, mi secretaria volverá a ponerse en contacto con usted para darle la dirección".

"De acuerdo, esperaré la dirección entonces."

"Sí. Adiós por ahora. Hasta mañana".

"Hasta mañana, gracias."